



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2016, ANDREA FERRARI  
© De esta edición:  
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5060-7  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: noviembre de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Edición: LUCÍA AGUIRRE - CLARA OEYEN  
Ilustración de cubierta: CARLUS RODRÍGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Ferrari, Andrea

El ruido del éxito / Andrea Ferrari ; ilustrado por Carlus Rodríguez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

184 p. : il. ; 22 x 14 cm. - (Roja)

ISBN 978-950-46-5060-7

1. Literatura Juvenil Argentina. I. Rodríguez, Carlus, illus. II. Título.  
CDD 863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 2016, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

EL RUIDO  
DEL ÉXITO

ANDREA FERRARI

SOLdeNOCHE 

loqueleq

Silvina Estévez se paró frente al espejo del baño y, bajo la luz inclemente de cuatro brillantes focos, examinó su aspecto. El cansancio de los últimos días había sido devastador: la piel pálida, los ojos enrojecidos y unas profundas ojeras le agregaban años y amargura a su expresión. Por un instante –hubo un leve temblor en sus labios, un húmedo aleteo en sus pestañas– pareció que iba a ponerse a llorar. Pero se contuvo. Abrió la canilla, se frotó la cara varias veces con agua fría y luego, usando los pocos elementos de maquillaje que le habían facilitado, intentó disimular las ojeras y darles un poco de color a sus mejillas. Ensayó entonces una sonrisa que se desvaneció enseguida. Probablemente no recordaba que una cámara la estaba filmando. O quizá ya no le importaba.

Al salir del baño, terminó el jugo de naranja que había dejado sobre la mesa y se sumó a la conversación de sus compañeros, de pie junto a la barra de la cocina. Algo debió traslucir su expresión, porque hubo entre los demás un cruce de miradas preocupadas. Una de las mujeres se le acercó y susurró unas palabras que no llegaron a oírse,

un evidente ofrecimiento de ayuda que ella rechazó con una ligera sonrisa. Pero no habían pasado ni cinco minutos cuando se llevó una mano a la boca, como si quisiera detener algo que pugnaba por salir, dio unos pasos tambaleantes y se dejó caer en un sillón. Mientras la cámara tomaba un primer plano de su cara crispada, cerró los ojos. Un murmullo de decepción se dejó oír frente a miles de televisores en todo el país: el gesto parecía preanunciar la derrota de la favorita. La audiencia aún no sabía que estaba siendo testigo de su muerte, lo único verdaderamente real de ese *reality show*.

En los días siguientes, la escena sería repetida hasta el hartazgo: de norte a sur del país, la población conoció muchos más detalles de los necesarios sobre esa mujer joven y bella que había agonizado frente a las cámaras. De haber estado en mejores condiciones, Silvina Estévez habría disfrutado enormemente de esa repetición al infinito de su imagen, porque si había un deseo que atravesaba su vida, algo que la obsesionaba, era ser famosa.

El programa se llamaba *Con los ojos abiertos* y cumplía el sexto día en el aire. Había sido anunciado con gran despliegue unos meses antes: un *reality show* donde diez personas serían encerradas en una casa durante doce días sin poder dormir. Los irían descalificando uno a uno, a medida que sus fuerzas fallaran y fueran incapaces de superar las pruebas a las que serían sometidos. En medio de una feroz guerra por el *rating* –en la que venía perdiendo– el canal había emitido una publicidad del ciclo

donde anunciaba los efectos que podían enfrentar quienes se exponían a una prolongada privación del sueño: agresión, apatía, visión borrosa, paranoia, alucinaciones, episodios psicóticos. La palabra “muerte” no apareció en la promoción.

En otra situación, Sol Linares no hubiera prestado atención a ese programa. Nunca veía los *realities*: le parecían aburridos, reiterativos. Absurdos. Esa fue la palabra que usó el día en que oyó hablar por primera vez de la convocatoria del *show*. Aún faltaban meses para que el ciclo empezara y el final de Silvina Estévez desatara el escándalo.

—Es absurdo —le dijo a Frazoni—, ¿quién va a querer someterse a esa tortura?

Estaban mirando las noticias en una de las pantallas colgadas en la redacción de *Hora Cero*, diario que seguía siendo para Sol una suerte de segunda casa. Frazoni —que aprovechaba una prolongada ausencia de Viñas, su jefe en Policiales, para tomar el tercer café del día— inclinó la cabeza.

—Hay gente para todo —murmuró.

Al día siguiente, Sol leyó que 120.000 personas se habían inscripto para el *casting* y pensó que había ocasiones en que valía la pena quedarse callada. Pero no le dedicó en ese momento más que unos pocos minutos. Llevaba días buscando sin éxito algún tema para desarrollar en *Sol de noche*, su blog de noticias policiales, y los diarios no hablaban más que de los clásicos asaltos callejeros, alguna pelea entre bandas, algún crimen pasional.

Tampoco A. L. Timón había aportado nada recientemente. Después del último contacto, en el que finalmente habían acordado que se conocerían cuando él volviera de viaje, no había tenido más noticias. O el viaje se había prolongado o Al, el tipo enigmático que venía ayudándola con muy buena información, había decidido que a fin de cuentas no quería salir del anonimato. De modo que *Sol de noche* llevaba un tiempo en silencio. Apenas había subido un par de comentarios que habían tenido pocos lectores.

En más de un sentido, era una época rara. Sol tenía la sensación de estar esperando algo, aunque no sabía qué. Por el momento las materias del ciclo básico en la facultad le generaban poco interés. De trabajo, nada: su padre se había negado a que se postulara para otra pasantía en el diario. Ya era mayor de edad y en teoría podía tomar sus propias decisiones laborales. Pero él era el jefe de redacción de *Hora Cero*, de modo que su negativa anulaba ese camino. La única concesión que había logrado arrancarle con mucho esfuerzo había sido que, en caso de tener algún material exclusivo, podía ofrecerlo como colaboración.

Y luego estaba Tatú. Se podía decir que tenían una relación. ¿Se podía? En verdad, Sol no estaba muy segura. Las cosas avanzaban lentas, lentísimas. Habían salido varias veces, pero la única diferencia con la amistad previa era un contacto físico cauto, casi adolescente. Unos cuantos besos, las manos entrelazadas en el cine, alguna caricia. Era extraño. Había imaginado un avance más

acelerado y de pronto Tatú le parecía inexplicablemente tímido. Claro que ella podría haber tomado alguna iniciativa, pero a su inexperiencia se sumaba una inquietud, una sensación que la había asaltado en los últimos días: que él se había arrepentido de ese avance. Que estaba buscando la forma de volver todo hacia atrás.

Ese estado de las cosas la hacía sentir incómoda y tensa. Por eso, el día en que la muerte produjo ese extraño giro en el *reality* pensó que ahí podía haber una oportunidad para poner la cabeza en otro lado. Y se zambulló.

Cuando el canal 11 anunció *Con los ojos abiertos*, el formato del *reality show* ya había empezado a gastarse. Tras años de ver casas con gente encerrada sin hacer nada y competencias de canto, baile o cocina con crecientes humillaciones a sus participantes, el público daba muestras de estar aburriéndose del asunto. Era el momento de copiar otra cosa y los productores buscaron hasta encontrarlo: un *reality* que ponía a la gente al borde de la locura impidiéndole dormir. Lo habían hecho con éxito en Gran Bretaña.

A poco de anunciarlo, se desató la polémica que esperaban. Algunos médicos y psicólogos salieron a discutir la irresponsabilidad de someter a la gente a lo que era usado en las más tenebrosas prisiones del mundo como método de tortura, mientras que otros médicos y psicólogos –estos contratados por el canal para participar en el ciclo en calidad de expertos– aseguraban que todo estaría bajo control. Un juez intentó intervenir para impedirlo, provocando una nueva y estéril polémica, pero finalmente todo siguió su curso.

Las 120.000 personas que se inscribieron para el *casting* debieron someterse a un larguísimo procedimiento de selección. Primero llenaron una ficha, luego fueron entrevistados telefónicamente. A quienes superaron esa etapa se los convocó para una prueba de cámara de la que salieron ochenta y cinco elegidos, que volvieron a someterse a más entrevistas y más pruebas, hasta que se llegó a los diez definitivos. A esos les realizaron análisis médicos y psicológicos, los midieron y pesaron, volvieron a filmarlos y fotografiarlos y finalmente los aislaron durante tres días en un hotel antes de que entraran a “La Casa”.

Todos tenían su historia, algo oscuro en el pasado o un rasgo extraño en su personalidad. Ser *especial* era, prácticamente, un requisito: después de ver tanto *reality*, todo el mundo sabía que los candidatos no serían seleccionados simplemente por una cara bonita (aunque el aspecto también contaba, claro), sino por algo diferente. Por eso, lo primero que habían hecho los aspirantes al presentarse para el *casting* había sido confesar sus secretos: a peor historia, creían, mejores posibilidades.

Sol estudió sus perfiles el mismo día de la muerte de Silvina Estévez, cuando buscaba una forma de meterse en el tema. El canal había emitido *spots* de cada uno de los participantes para ir “calentando” el clima antes de que empezara el *show*. Estaba Martín Aguilera, taxista y cinturón negro de karate, que había matado a un viejo amigo con un golpe mal dado durante una pelea y *vivía cada día torturado con ese recuerdo*, según contaría una y otra vez con los ojos acuosos. Maribel Ferrante era

ex azafata y sobreviviente de un accidente aéreo en el que habían muerto treinta pasajeros. Aún tenía pesadillas. A Facundo Silva, un rugbier de ojos claros, su novia lo había plantado el día del casamiento porque se había enamorado de su hermano. Liliana Calles, una joven ex maestra jardinera, se había convertido en bailarina de locales nocturnos. Había dos mellizas espectacularmente idénticas, Patricia y Jimena Rosas, que habían hecho de la igualdad su marca. Observarlas un rato era como ver doble. El ingeniero uruguayo Roberto Yáñez había vivido cinco años juntando basura en la calle tras un accidente en el que había perdido la memoria. La chef Malena Ortiz se jactaba de haber criado siete hijos, estudiado una carrera y manejado al mismo tiempo una empresa por su maniática capacidad para hacer mucho y dormir poco. Daniel Ahmed, alias el Turco, había estado seis años preso por robo y, tras estudiar Derecho en la cárcel, ahora era abogado con una abundante clientela en la población penitenciaria.

15

Y por último estaba Silvina, que desde principio fue una de las favoritas. Profesora de educación física, escaladora y maratonista, tenía una sonrisa seductora, un cuerpo envidiable y prometía una gran resistencia. Tenía también una historia intrigante: pocos meses antes había descubierto que el hombre que la había criado no era su verdadero padre y acababa de conocer al padre biológico, aunque se negaba a decir quién era.

Ese era el grupo. Competían por el primer puesto, la fama y ochocientos mil pesos.

—Sé que el premio es alto, pero igual, ¿no te parecen dementes los que se presentan?

Tatú sacudió la cabeza mientras apoyaba la taza en la mesa. Estaban tomando un café en el bar de la esquina.

—No creo que la plata sea lo que más les importa. La obsesión de esa gente es la fama. La obsesión general, en realidad. Antes había que saber hacer algo bien para ser famoso, ¿no? Ahora solo hay que exhibirse. Y todo el mundo descubrió que le encanta exhibirse. Es como si cada persona estuviera gritando todo el tiempo: “¡Mírenme, mírenme, mírenme!”. Un mundo de exhibicionistas patológicos.

16

Sol sonrió.

—Tengo la impresión de que estoy a punto de escuchar un discurso sobre lo horrendas que son las redes sociales. Sé que tenés tus argumentos, pero ¿te das cuenta de que debés ser una de las cinco personas menores de ochenta años en el mundo que no usan Facebook?

Tatú se rio.

—Creo que somos unos cuantos más. Pero cuanto más veo lo que sube la gente, menos quiero estar ahí.

—O sea —los labios de Sol se curvaron con una mueca irónica—, lo odiás pero lo mirás.

—¡Obligado! Te conté que la semana pasada nació mi sobrino en Río Gallegos, ¿no? Hubiera esperado que mi querido hermano me mandara fotos por mail. Pero no: solo las subió a Facebook. Así que para conocer a mi sobrino tuve que pedirle a mi hermana menor que me las mostrara. Las encontró después de pasar por las miles de fotos

de gatos que sube una prima loca, el nuevo peinado de una amiga y la milanesa con papas fritas que acababa de comer una antigua compañera del colegio. Decime, ¿a quién le importa ver la foto de una milanesa con papas fritas o de un flequillo teñido? ¿Por qué la gente piensa que las boludeces de su vida cotidiana son tan interesantes para el mundo?

—Sonás como un viejo gruñón, te aviso.

—Sí —gruñó—, ya sé.

Con un gesto juguetón, Sol agarró su celular y abrió la cámara de fotos.

—Y ahora saco una *selfie* nuestra —pegó su cara contra la de Tatú, le dio un beso y disparó—. En tres segundos la subo a Facebook.

Él se rio y la apartó con un movimiento suave.

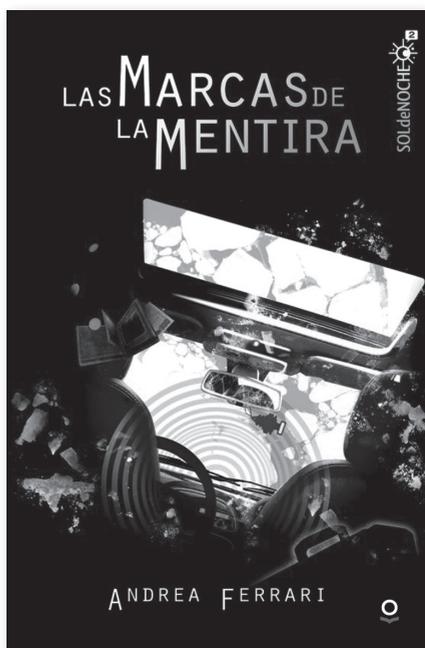
—Ni lo sueñes.

Mientras lo decía su mirada sobrevoló el lugar. A Sol le pareció que estaba fijándose quién los había visto y una puntada de angustia se le clavó en el estómago.

No dejes de leer las dos primeras partes  
de esta trilogía policial impactante



SOLdeNOCHE  1



SOLdeNOCHE  2

Aquí termina este libro  
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso  
por personas que aman los libros.  
Aquí termina este libro que has leído,  
el libro que ya sos.